

Domingo XXII Tiempo Ordinario

Eclesiástico 3,17-18.20.28-29; Hebreos 12,18-19.22-24a; Lucas 14,1.7-14

«Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos»

28 agosto 2022 P. Carlos Padilla Esteban

«Ese Dios en el que creía podría darme paz, podría salvarme por dentro. Si le dejaba hacer Dios podría conseguir que todos los caminos me llevaran al lugar esperado, deseado»

Descubro mi cojera, mi dolor, mi carencia, mi enfermedad. Descubrirlo no es difícil. Lo veo yo, lo ven otros. Me señalan, me gritan, me dicen al oído para que no me olvide que soy un discapacitado. A veces quiero olvidarlo o lo escondo. Pero en el fondo no me olvido porque cojeo aunque no quiera. No depende del suelo que piso. Puede ser una superficie lisa, pero para mí basta para cojear. Busco excusas para mi cojera. El suelo, las prisas, el cansancio, la vida, los demás. Pero nada de eso basta para cambiar la realidad. Por más que culpo a otros de mi cojera yo sigo siendo un cojo. Quisiera evitarlo, caminar como los demás. Sin prisa, sin pausa, sin tambalearme de un lado al otro. Sin pensar en la cojera. Pero intento correr y tropiezo. Y me hundo, o siento tristezas profundas, mareas olvidadas bajo capas de superficialidad. Creí que lo había superado lo que me hacía imperfecto. Por momentos llegué a pensar que ya no pesaría tanto el dolor de mi cojera. Que no me importaría tropezar una y otra vez en la misma piedra. Miro a mi alrededor y veo sólo sonrisas. Admiro los pies ágiles, las manos diestras, las mentes despiertas, las vidas logradas. No veo cojeras. Pero luego me miro y veo que mi vida camina por el alambre, sostenida por vientos contrarios. Me angustia la altura y al fondo del precipicio veo con claridad el lugar de la caída, del desprecio, del abandono. He tratado de sujetar todos los palos que tengo a mi alcance para que nada se caiga. Me he enfermado luchando contra la gravedad que lo tira todo por el suelo, sin respetar las dignidades. He querido inventarme un pasado peculiar, único, intachable, para que me admiraran. Me duelen las miradas altivas, las sonrisas despectivas que no confían en mí, no creen en mi verdad. ¿Qué tengo que hacer para demostrarles, para demostrarme que valgo? Siento sobre mí la mirada de los hombres que caminan con paso rápido y seguro, con pies firmes y sonoros, junto a mí. Sin respetar mis pausas ni mis tiempos, sin compadecerse de mis caídas. Me da miedo ser un impostor, un fraude cuando escondo mi cojera o guardo bajo llave mis olvidos. Escucho palabras y resuenan muy dentro de mí acusatorias. Rehúyo las mentiras y evito tocar la superficie fría de las aguas oscuras que me abruman. Me da miedo levantarme sin nada a lo que aferrarme, como un muerto abandonado en medio de la vida, como un pobre despreciado. He decidido no angustiarme ante las cosas que no son como eran o como a mí me gustaría que fueran. Dejo de juzgar las intenciones de los actos que veo, incluso de mis actos. Sé que lo hago más por miedo a equivocarme que por un respeto sano por la vida de los otros. Estoy convencido de que muchas de mis críticas vienen de mis complejos, de mis heridas, de mis miedos no reconocidos. Por eso cuando callo me siento más libre, más seguro, más pobre. Quiero abandonar el deseo de cargos que no necesito, de honores que no me hacen bien. No tengo que demostrarle a nadie cuánto valgo. No merece la pena el esfuerzo de querer ser otro. De nada me vale luchar contra lo imposible. He descubierto que la vida es demasiado corta como para andar perdiendo el tiempo. Dibujo en mi alma el nombre de las personas que me han marcado desde niño. Y borro los nombres de los que me han herido. No para cambiar el pasado, es imposible. Sí para no vivir atado a ese perdón que no logro dar. Alabo a Dios por los que me han sanado, con su amor, con su mirada, con sus palabras, con sus abrazos y sus silencios llenos de respeto. No puedo meterme en el corazón de nadie para cambiar sus sentimientos hacia mí, para que me perdone o perdone a quien yo ya he perdonado. Los actos fríos y desgajados son una tortura. Con como un fotograma de una larga película sostenido en el tiempo. He abrazado esperanzas con estos brazos míos que casi no se sostienen. Y me he puesto en camino con mi cojera, con mi andar dubitativo, lleno de preguntas e inquietudes. Quizás caminar sea la única forma que

tengo de pausar el alma, de ralentizar la vida, de sostener el canto en un tono alto y santo. Siento que dentro de mí hay muchas miserias, y mentiras, y también muchas obras buenas, mucha misericordia. De mis obras malas me confieso para que Dios perdone. Sé que lo hace, cada día, cada hora, con su mirada, con su silencio. Me alegra su mirada llena de bondad. ¿Cómo podré retenerla en el alma para nunca olvidarla? Los vientos me incitan a creer que nada es posible cada vez que fallo. Que la soledad del mar es más dolorosa que todos los inviernos juntos. Amanezco cada día dispuesto a llegar más lejos. Pero no es tan fácil derribar los muros que me retienen, me contienen, me paralizan. He descubierto en el sol un calor que me hace bien, me sana por dentro. He sentido que la soledad es el más imprescindible de los sentimientos, aunque me desgarre por dentro. Si no me siento nunca solo no podré alzar los ojos a Dios pidiéndole un abrazo lleno de ternura y bondad. Él mandará a alguien a dármele cuando menos lo espere. He decidido tejer una historia santa llena de nudos y roturas. Sin tejer la vida con Dios me resulta imposible sonreír al cielo. Estoy cojeando, lo veo, lo siento. Me duele el alma por dentro cada vez que me miro. Quizás es por ser hijo, por ser niño. No me molestan ni el dolor, ni la pena, ni los llantos. He aprendido a vivir confiado porque confiar en mis fuerzas parece inútil. Pido ayuda a los que pueden ayudarme. Y algo de amor a los que pueden amarme. Y hago lo mismo con el que grita, con el que espera, con el que pide sin que yo lo escuche a veces. He escrito en la playa el nombre de mis pecados, de mis dolores. Espero que suba la marea y lo borre todo del alma, todo de golpe para siempre. Para no sentir cosas feas dentro de mí, en lo más hondo. Para esperar el abrazo de Dios que me saque de todas mis penas y me haga sonreír. Sigo caminando, cojeando, siendo yo mismo sin pretender engañar a nadie. **Así es la verdad de mi esperanza. Así es la vida que recorro. En Dios confío.**

La montaña tiene algo fascinante. Te atrae, te llama, pero no siempre el camino es fácil hasta llegar a la cima. En ocasiones se pierden las señales en medio de arbustos y árboles y el camino es confuso. Es como si se perdiera el rumbo definitivamente. En una ocasión quise seguir un camino marcado pero me perdí. Seguí ascendiendo pero ya no lo hacía por el camino escrito. Creí que el camino era uno que alcanzaba a ver entre los arbustos. Muy abajo, muy lejos de mí. Pensé que no llegaría nunca a la meta anhelada. O muy tarde. Porque el monte siempre engaña. Lo que parece muy cerca está lejos. Cuando creo haber llegado a la meta, surge una nueva ante mis ojos. En ese momento pensé que no por mucho ascender quería decir que lo estaba haciendo en la dirección correcta. Me entraron las dudas. Tuve miedo. Por un lado pensaba que no había peligro. Por otro tenía miedo porque me podían faltar las fuerzas. Si seguía subiendo me podía perder más o alcanzar la cima de un monte diferente al que quería ascender. Y cada metro de subida era duro. Si bajaba no sabía bien hasta qué punto tenía que llegar desandando mis pasos. Brotaron el miedo y las dudas. Y me enfrenté de nuevo con mi incapacidad para hacer frente a las contrariedades de la vida. Soñaba con que un Dios con su poder me tomara en sus manos inmensas y me llevara sano y salvo al final de mi etapa. No era la solución. Quise buscar señales para recuperar el camino. Quise que Dios me hablara y me dijera por dónde seguir. A veces es así en la vida. Desaparecen las señales que me indican el camino correcto. No sé si voy bien o estoy completamente equivocado. En esos momentos dejo de ver con claridad lo que tengo que hacer. Me entra el miedo y brota la angustia. Siento que me estoy perdiendo si sigo el camino que he recorrido hasta ese momento. ¿Tendría fuerzas para volver atrás del camino y empezar de nuevo a buscar? Son las mismas dudas de la montaña. Las mismas dudas en el camino de la vida. Me asusta el error y tener que volver atrás. Pero a veces seguir adelante sin pensar tampoco se justifica y puede ser temerario, insensato. Hay personas que me pueden ayudar en esos momentos de dudas, de miedos, de turbación. Quiero aprender a escuchar la voz del que me aconseja, me escucha, me sostiene, sin imponer, sólo en un susurro. Espera a que me calme en mi angustia. Sabe aguardar a mi lado como un buen amigo, un padre, un ángel. Sabrá sostener todos mis miedos y levantar toda mi turbación. El problema no son las dudas ni los miedos. Forman parte de la vida y de mi incapacidad para tener el control sobre todo. Como no sé lo que va a pasar en el futuro tiendo a aferrarme a seguridades que son pasajeras. Pretendo que todo esté en orden, bajo control. Quiero poseer el dominio sobre la vida. En esos momentos del camino, como aquel día en la montaña, necesito adentrarme dentro de mí para saber cómo seguir. Necesito aprender a descansar en ese Dios que me habita. Hago mía las palabras de Santa Teresa al pensar que es posible vivir en Él: *«Hacía de ponerme ante Cristo y algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda sumergida en Él»*. En medio de

la montaña, cuando no deseaba siquiera rezar, porque no lo sentía, porque no tenía paz, hice el esfuerzo y miré en mi interior el rostro de Dios. Me callé, dejé de pensar en el camino. Miré a Dios muy dentro. Estaba en mí esperando y yo en Él. los dos solos mirándonos. No había cambiado nada en las circunstancias. No estaba el camino de salvación más cerca. Seguía perdido, sin saber qué hacer. Nada cambia tan rápido. Seguía allí yo solo, quieto, oculto. Pero algo había cambiado de repente. Dios me habitaba y entonces la vida era mejor que unos minutos antes. Ya tenía una certeza que me daba paz. Podría seguir caminando. ¿Qué me podía pasar si Dios iba conmigo? ¿No estaba acaso María a mi lado en medio de mis angustias? Sí, tenía claro que nunca más iba a sentirme solo. Dios estaba conmigo. Su seguridad se convirtió en mi seguridad. Mis miedos quedaron atrapados en la red de su esperanza. En mi alma había más luz. No estaba más cerca de la salida. Pero sí estaba más dentro de ese Dios que me amaba. Pensé en toda la fuerza que había invertido para llegar hasta ese punto. Me tocaba desandar parte del camino andado. Busqué la ruta y mucho antes de lo que yo pensaba volví a ver las flechas dibujadas sobre los árboles. Había encontrado el camino marcado. Ya no estaba perdido. El corazón se calmó por un momento. Podría llegar a perderme muchas veces más. Quizás ya no me importaba tanto. Ese Dios en el que creía podría darme paz, podría salvarme por dentro. Si le dejaba hacer Dios podría conseguir que todos los caminos me llevaran al lugar esperado, deseado. La solución como siempre pasa por mirar dentro del corazón. Por buscar respuestas a preguntas inmensas en mi interior. No tengo que desesperarme, parece muy fácil decirlo. Me gustan esas personas sensatas y prudentes que no se arriesgan de forma temeraria. Me gustan los que se ponen a buscar a Dios cuando lo único que uno quiere es salir del aprieto. Me gustan las personas que se toman con calma las contrariedades de la vida, sin alterarse. No dicen barbaridades, no estallan con rabia, no atacan a nadie culpándolo de todo. No hacen un drama ante pérdidas pequeñas. Saben lo que quieren y luchan por encontrar el camino. No lloran de impotencia. Vuelven a la pelea con las fuerzas renovadas. Desandan el camino andado sin miedo. No dejan de creer aunque todo parezca complicarse. No tienen miedo a la vida aun cuando se enrede en medio de los bosques. Me gustan aquellos que se adentran en su corazón para encontrar la alegría y la esperanza. Y nunca le echan la culpa al mundo de las cosas que les suceden. **Esa mirada sobre todo es la que me salva.**

Me gustaría ser más humilde en la vida. Actuar siempre con sencillez de corazón. Pero la realidad cotidiana es que no me gusta ceder, dar mi brazo a torcer. No me gusta darle la razón a los demás. Me empeño en quedar por encima de mi hermano. Quiero superarlo, llegar más lejos, más alto, más hondo que él. Pero no consigo avanzar tanto como quisiera. Hoy escucho: *«Hijo, actúa con humildad en tus quehaceres y te querrán más que al hombre generoso. Cuanto más grande seas, más debes humillarte, y así alcanzarás el favor del Señor. Muchos son los altivos e ilustres, pero Él revela sus secretos a los mansos. Porque grande es el poder del Señor y es glorificado por los humildes. La desgracia del orgulloso no tiene remedio, pues la planta del mal ha echado en él sus raíces. Un corazón prudente medita los proverbios, un oído atento es el deseo del sabio»*. Tengo que ser muy humilde para abrirme a los consejos de mi hermano, de mi padre, de mi amigo, de la persona a la que quiero, del que camina a mi lado. Quiero aceptar que otros saben más que yo. Me cuesta reconocer que no lo sé todo, que no puedo solo. En ocasiones el joven piensa que el viejo no tiene nada que enseñarle. Pero también el viejo se cierra en su experiencia y no acepta las novedades de los jóvenes. Puedo caer en un extremo o en el otro y en ambos casos estaré pecando de soberbio. El orgullo de querer tener siempre la razón, de pensar que mi manera de hacer las cosas es la única válida. Me dice Dios hoy que cuando más grande sea tengo que hacerme más pequeño. La humildad es la virtud que todos aprecian en los demás pero que cuesta tanto vivir en plenitud uno mismo en el corazón. Intento medir la humildad de las personas de muchas maneras. En su forma de hablar de sus logros o callarlos. En su manera de tratar a todos con la misma deferencia. En la actitud en las discusiones. En la forma cómo viven los éxitos y los fracasos en su vida. En la forma cómo discuten tratando de imponer su postura. Sé que una persona humilde nunca se engríe. No pretende estar por encima de nadie. Siempre valora al rival. No se siente invencible, insuperable, intratable. Tiene la actitud suave del que sabe que no siempre tiene la razón. Una persona humilde se comporta de la misma forma con los ricos y con los pobres. No niega la evidencia de sus logros pero no alardea. No actúa con falsa modestia como si no fuera bueno en aquello por lo que lo elogian. Se alegra al ver que puede lograr muchas cosas que creía imposible. Pero no se siente poderoso por hacer bien alguna cosa. No se cree que está por encima de los demás.

Sigue valorando los éxitos ajenos sin entrar en competencia, sin sentirse menos. Cuando alguien admira a mi hermano no me está mirando en menos. Una alabanza a otro no puede ser una ofensa dirigida a mí. La humildad consiste en actuar con verdad. Reconocer lo bueno de todo lo que hago. aceptarlo, mirarlo con sencillez, sin más pretensiones. Me gustaría ser humilde en toda ocasión. Quisiera no dejarme llevar por el orgullo y la vanidad. Dios les revela sus misterios a los pequeños, a los humildes, a los mansos. Me gustaría ser así. Quisiera reconocer con humildad el poder de los demás y de Dios en mi vida. Quiero aceptar que soy pequeño. Se me olvida. En cuanto algunos me adulan vuelvo a creer que soy especial. Y no hay muchas personas especiales, tal vez ninguna. Los santos sí, son especiales, y seguro que en vida no los vieron tan especiales. La humildad es el rasgo más propio de los santos. Y no siempre valoro tanto a los humildes. Pasar desapercibido. Sentir que los demás son más importantes, más valiosos que yo. No es tan sencillo hacerlo, vivirlo. Jesús sólo me pide que aprenda de Él a ser humilde y manso de corazón. Y yo no logro ser tan manso, menos aún humilde. Siento que no me gustan los caminos que me ofrece Dios para crecer en la humildad. El camino más rápido suele ser el de las humillaciones. Y no me gusta ser humillado por nadie. No quiero que otros me difamen o inventen cosas sobre mí. No deseo que otros digan cosas que no son verdad. Que me humillen con críticas y juicios. A veces la fama de las personas las precede. Culpa de los que hablan de más. Deberían callar más en lugar de opinar tanto sobre los demás. Quizás sus vidas no son tan interesantes y por eso viven mirando a los lados. Me decía una persona hablando de otra: *«Me llena de angustia hablar con ella. Nunca consigo mantener una conversación si no es hablando mal de alguien»*. Las personas que critican al hermano es porque quieren ellos sobresalir. Cuando destaco defectos ajenos estoy diciendo que yo no los poseo, que soy mejor que aquellos a los que critico. ¡Cuánta vanidad! Seguro que no es cierto. Lo que consigo es ver la pajita en el ojo ajeno y no la viga en el mío. Veo el defecto que apenas llama la atención en los demás y paso por alto mi propio defecto, grande y doloroso. Quisiera ser manso y humilde de corazón. Manso para aceptar que me ataquen, insulten, difamen sin estallar con ira. Que no me hunda en mi ánimo cada vez que oigo una crítica sobre mi forma de actuar, de comportarme. La humildad me hace mirar la verdad de mi vida con perspectiva. No soy el mejor de todo. Tampoco está tan mal todo lo que hago. Quiero vivir con alegría en mi pobreza sin desear lo que otros poseen. Quiero vivir sin actitudes arrogantes y pretenciosas. No quiero juzgar a los demás para vivir yo como si fuera inmaculado. No quiero criticar ni hablar mal de nadie. No puedo vivir atacando a mi hermano. Dios es bueno y quiere que yo lo sea. Quiere que de mi boca salgan siempre palabras constructivas. Que sepa animar, enaltecer, hablar bien de los demás. Los humildes no suelen criticar. No les hace falta dejar mal a los demás. No viven compitiendo por ser mejores que el resto. Simplemente aman, se entregan y admiran la verdad y grandeza de los que les rodean. No pretenden encumbrarse echando por tierra al otro. **Esa no es la actitud humilde y mansa que deseo en mi corazón.**

Hoy Jesús es invitado en una casa. Un fariseo, alguien importante, lo invita a comer. Y Jesús se deja invitar. Los fariseos eran respetados por su conocimiento de las Escrituras, por su conocimiento de Dios. Eran un grupo especial, admirado, respetado, un grupo orgulloso de los conocimientos que poseían. La gente los respetaba porque pertenecían a ese grupo. Uno de esos fariseos invita a Jesús. Tal vez porque era conocido y admirado por muchos. Al mismo tiempo el fariseo era uno de los principales: *«En sábado, Jesús entró en casa de uno de los principales fariseos para comer y ellos lo estaban espiando»*. Mientras pasa a la comida Jesús se detiene y observa el comportamiento de los invitados. Y aprovecha el momento y lo que está sucediendo para contar lo que piensa: *«Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les decía una parábola»*. Llegaban los invitados a la fiesta y se sentaban en los mejores puestos. Tal vez se sentían con derecho a ello. Eran importantes y muy dignos. A menudo me da miedo sentirme importante y digno. Como si mereciera las alabanzas y los halagos. Como si me correspondieran los primeros puestos en las celebraciones. La admiración y el respeto. Como si mereciera los primeros lugares. Como si el mundo me debiera su obediencia y sumisión. Los fariseos se sentían muy cerca de Dios. Habían convertido el amor de Dios en el cumplimiento de muchas normas y preceptos. Eran cumplidores. Amaban a Dios, eso seguro. Pero por amor respetaban la ética que formaba parte de su estilo de vida. ¿En qué he convertido yo mi seguimiento a Cristo? ¿Sigo a Jesús con amor o me dedico a cumplir normas y evitar el pecado? Puede que lo haya reducido al cumplimiento de un montón de normas. No hacer, no caer, no fallar, no ser infiel. Hacer el bien, construir puentes, ayudar, servir. Eso también. Pero puede que también

yo, como los fariseos, me sienta demasiado digno por hacer bien las cosas, por cumplir siempre y estar a la altura de lo esperado de acuerdo con mi condición. Digno por estar a la altura de lo que los demás esperan de mí. Me centro en mi comportamiento ejemplar. Los fariseos no fallaban nunca. Siempre eran dignos, puros, impecables. Y por eso quizás podían juzgar con facilidad a los que no estaban a la altura que se esperaba de ellos. Puede que haya reducido la religión a un código ético. A un montón de preceptos que tengo que respetar. Como si se tratara de no salirme nunca del camino marcado. Y cuando lo consigo crece mi ego, mi autosuficiencia, mi autocomplacencia. Dios tiene que estar orgulloso de mí, pienso en mi interior. Soy de los principales, de los mejores. Está claro que el sentirme feliz conmigo mismo no es malo. Es lo que sucede cuando alcanzo las metas propuestas. Cuando consigo un éxito anhelado. Sin duda es más dolorosa tocar el fracaso al sentir mi incapacidad por llegar al objetivo marcado. Pero lograrlo es algo positivo, algo que ensancha el alma y me permite estar satisfecho conmigo mismo. Cumplir nunca es un problema. Lo que lo complica todo es mi actitud cuando cumplo y me siento por encima de los demás. Me creo mejor, más capaz, más puro, más íntegro. Y entonces miro con condescendencia los débiles. Me jacto frente a los que han caído y les muestro a todos mis logros y éxitos para que me alaben. Esa actitud rayana en la vanidad es la que me enferma y hace que sea infeliz. Porque nunca nadie estará a la altura que espero de ellos. Y sentiré que Dios tampoco los quiere, los condena por sus obras o por sus omisiones. Y cuando yo caiga, no creeré tampoco en la misericordia de Dios y en la de nadie. Me mereceré la condena y el oprobio. Sé que cuando juzgo a los demás es ese juicio que nace en el corazón el que me acaba enfermado. Me vuelvo engreído, vanidoso y duro. Juzgo a los demás y los condeno en mi interior, mientras busco los primeros puestos en los banquetes y espero la alabanza y el elogio de todos. Y si llega la crítica o el juicio por mis obras me lleno de amargura y de tristeza. Siento que no son justos conmigo. Hay mentiras a mi alrededor. Surgen las mentiras en mi vida cuando no soy tan bueno como me creo y pretendo aparentarlo. Cuando tapo mis debilidades y escondo mis pecados. Cuando vivo fingiendo ser lo que no soy. Deseando que me acepten como el mejor y me dejen ocupar los primeros puestos. Los lugares de honor en la Iglesia. Recibir el reconocimiento. Como si mi valía de corazón dependiera de esa aceptación de los demás. Cuando me valoran y reconocen mis obras entonces sí tengo valor. Cuando me atacan y juzgan entonces no. ¿Qué esperan los demás de mí? Lo pienso en mi interior y no lo sé. **Tal vez soy yo el que se ha creado una imagen ideal y quiero, como esos fariseos, correr a ocupar los primeros puestos.**

Entonces Jesús habla con claridad. El camino que me salva es el de la humildad, nunca el del orgullo y la vanidad. Lo primero que me dice es que sea humilde y ocupe los últimos lugares sin querer destacar: *«Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y venga el que os convidó a ti y al otro, y te diga: - Cédele el puesto a este. Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: - Amigo, sube más arriba. Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido»*. No enaltecerme, no buscar los primeros puestos, no pretender gustar, agradar, ser amado, alabado, ensalzado. Todo lo contrario a lo que hago en ocasiones. Busco el reconocimiento y los primeros puestos. Si supiera crecer en humildad. Si supiera hacerme pequeño y ponerme a la altura de los más débiles. Si supiera renunciar a ese orgullo mío que me enferma. Si supiera vivir con alegría las humillaciones que me hacen más humildes. No lo consigo porque sigo centrado en mí mismo. Y quiero ser el primero en todo. Si me quedara atrás como dice Jesús tal vez alguien vendría y me invitaría a ocupar mejores lugares. Pero me cuesta esperar, aguardar, ponerme en el último lugar. Porque me creo mejor que otros, ese es mi problema. Y Jesús añade: *«Y dijo al que lo había invitado: - Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos»*. Tengo que invitar a los que no pueden devolverme el bien que les hago. Me gusta esa mirada. Poner mis ojos en el que no me va a invitar a comer cuando yo lo invite a él. En el que no va a regalarme lo mismo que yo le regalo. En aquel que no va a devolverme mi generosidad. Hoy escucho a Jesús y me parece todo imposible. Humildad, buscar los últimos lugares. No buscar que me paguen por mi generosidad. Estoy aún muy lejos del ideal. Quisiera llegar a más, ser más. Y veo que el camino es querer ser menos, más pequeño, más inocente y más

puro. Más de carne y más lleno del Espíritu de Dios. Me gustaría que mi alma se ensanchase al mirar al cielo. Dios sabe mejor que yo lo que me conviene. Son esos últimos puestos los míos, los que me van a ayudar a ser mejor apóstol, mejor persona. Porque los primeros puestos no ayudan, me vuelven vanidoso. Me llenan de soberbia y engreimiento. Me hacen sentir seguro en la atalaya de mi poder desde donde observo a los demás y los condeno. Los menosprecio, los ignoro. Me siento seguro y no me bajo de mi lugar. Desde allí nadie puede hacerme frente. Nadie puede hacerme daño. La humildad es lo que me salva. Ser capaz de ocupar los últimos lugares sin miedo al desprecio. Estar dispuesto a pasar desapercibido y que el reconocimiento se lo lleven otros. ¿Estoy dispuesto aunque sea yo el que merezca los halagos? Me gustaría ser más libre para vivir sin buscar ser valorado, querido, respetado. Que no me importen las humillaciones y los desprecios. Quisiera vivir lo que hoy escucho: *«Tu bondad, oh, Dios, preparó una casa para los pobres. Los justos se alegran, gozan en la presencia de Dios, rebosando de alegría. Cantad a Dios, tocad a su nombre; su nombre es el Señor. Padre de huérfanos, protector de viudas, Dios vive en su santa morada. Dios prepara casa a los desvalidos, libera a los cautivos y los enriquece. Derramaste en tu heredad, oh, Dios, una lluvia copiosa, aliviaste la tierra extenuada; y tu rebaño habitó en la tierra que tu bondad, oh, Dios, preparó para los pobres»*. Dios ha construido una casa para los pobres, para los abandonados, para los despreciados. Una casa para los que no tienen con qué comprar el pase. Una casa en la que puedan sentirse en paz porque allí nadie los juzga por sus obras. Experimentan la misericordia, el amor incondicional, la compasión ¿Existirá ese amor incondicional en esta vida? ¿Hay personas capaces de amar así? Seguro que sí, yo he conocido algunas. Quiero tocar ese amor que no se merece en mi vida. Quiero acariciarlo y retenerlo. No quiero tener que hacer nada especial para que me amen. No quiero tener que dar una fiesta para invitar a los que me invitaron. No quiero tener que pagar con la misma medida al que me trató con misericordia. No quiero tener que estar a la altura de los que me miran con compasión. No tengo que devolver nada de lo que he recibido gratis, sin merecerlo. Jesús ya me ha salvado y eso me llena de esperanza y de paz. Él me ama de forma incondicional, sin merecer su amor. Yo no tengo que hacer nada para que me inviten al banquete, a la fiesta, a la celebración. No tengo que pagar por lo que me dan gratis. **Así es Dios y así quiere que sea yo.**